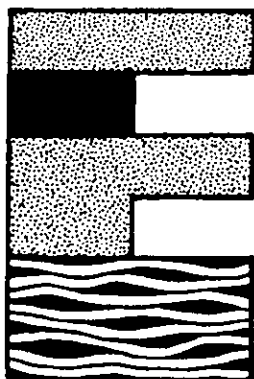


Del desencanto a la reinvencción democrática de la política:

La reinserción del Ejército Popular de Liberación como proceso de producción de nuevos sentidos en torno a lo político*

FABIO LÓPEZ DE LA ROCHE**

Introducción



El presente trabajo intenta mostrar el proceso de producción de nuevos sentidos en torno a lo político, a partir de la reinserción de los miembros del Ejército Popular de Liberación (EPL), organización político-militar que se incorporó a la vida civil el primero de marzo de 1991 a través de un proceso de paz que involucró en ese momento a otras organizaciones armadas como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y al Movimiento Armado Pro-indígena Quintín Lame. Un poco antes, lo había hecho

* Esta ponencia fue presentada por el autor en el Panel «Desencanto político y democracia», en el marco del VIII Encuentro de Felafacs. Cali, octubre 1994.

El presente trabajo recoge en buena medida la experiencia del autor como miembro del Equipo Nacional Evaluador del Proceso de Reinserción del Ejército Popular de Liberación. Este Equipo Evaluador adelanta su trabajo con auspicio del Programa Presidencial para la Reinserción y de la Fundación Progresar. El autor ha estado a cargo específicamente de la realización de los talleres regionales de Balance del Proceso de Reinserción, adelantados con los desmovilizados del EPL en diez ciudades y regiones del país.

Los talleres regionales de balance del proceso de reinserción son financiados por el Programa por la Paz de la Compañía de Jesús. El Equipo Nacional Evaluador está conformado además por la periodista Cecilia Isaza, coordinadora general, el escritor Arturo Alape como investigador principal, Carolina Aldana, periodista asistente, y Carlos Franco, Alvaro Villarraga y Nelson Plazas, como consultores.

** Historiador, Profesor de la Maestría en Comunicación Social de la Pontificia Universidad Javeriana y Departamento de Historia de la Universidad de Los Andes. Dirección: Carrera 7 No. 43-82 Ed. Carlos Ortíz. of. 108. Santafé de Bogotá, D.C.

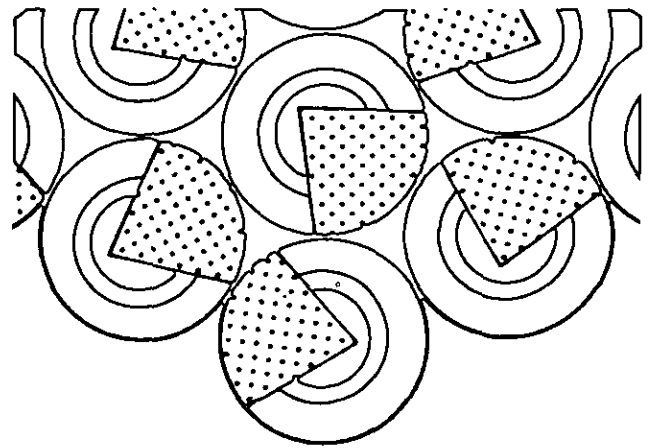
el Movimiento M-19, primera organización político-militar que decidió emprender el camino de la negociación de paz. Estas cuatro organizaciones se vincularon a la dinámica de redefinición de la vida política colombiana, abierta con la convocatoria y realización de la Asamblea Nacional Constituyente que promulgó la nueva carta constitucional de 1991.

El presente ensayo mostrará algunas de las líneas fundamentales del cambio político-cultural que han venido experimentando los militantes del Ejército Popular de Liberación a partir de la dejación de armas en 1991 hasta nuestros días. El EPL, organización surgida de la escisión del movimiento comunista internacional a mediados de los sesenta, adoptó en aquel entonces un esquema maoísta-campesinista de guerra popular prolongada, y en cuanto a sus características ideológico-políticas constituyó una de las organizaciones más radicales y beligerantes de la izquierda colombiana¹.

En una primera parte mostraremos el contexto político general del desencanto en Colombia, los elementos que compartimos con procesos similares en América Latina (la irrupción de ciertos rasgos postmodernos en la cultura, entre otros), y llamaremos la atención acerca de algunas especificidades de la situación colombiana.

En una segunda parte mostraremos los procesos de transformación de su tradición de cultura política, experimentados por los militantes del EPL.

En una tercera y última parte, plantearemos una serie de retos que experimentan el EPL y otras vertientes políticas de izquierda, así como otros segmentos del movimiento popular, con miras a superar los aspectos negativos del desencanto, a lograr una mayor capacidad de comprensión de las nuevas tendencias políticas y sensibilidades culturales y generacionales, y a reconfigurar proyectos globales de sociedad, capaces de articular el actual universo segmentado de los movimientos sociales, con perspectivas macro de acción e incidencia política.

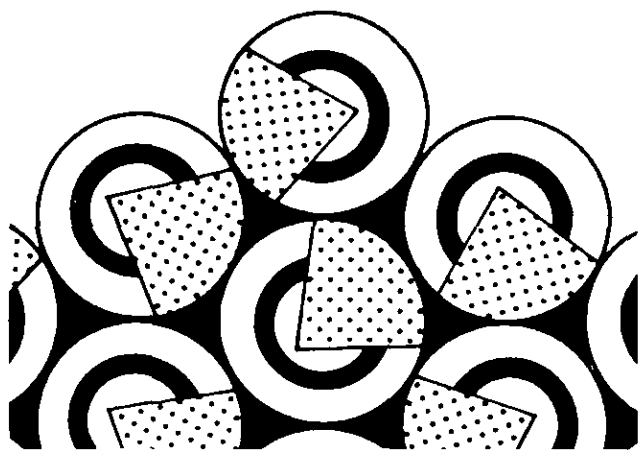


I. El contexto colombiano del desencanto

Colombia experimenta, como otras sociedades de la región, una crisis de las formas tradicionales de hacer política. Vive una profunda crisis del sindicalismo, afectado por los cambios relacionados con la apertura económica y la reconversión laboral, y un desmoronamiento de las opciones políticas de izquierda, que no han podido asimilar la crisis de la utopía y la bancarrota de los sistemas socialistas del este para reconfigurar un proyecto de izquierda democrática capaz de constituirse en una tercería competitiva al sistema bipartidista. Los partidos políticos tradicionales experimentan una crisis, que sin embargo, es distinta de la de agrupaciones políticas tradicionales en otros países de la región. Colombia no ha tenido partidos sólidamente estructurados, con carnetización, reunión periódica de sus militantes o instancias de

¹ Para una visión global de la historia del Ejército Popular de Liberación véase el capítulo *El Ejército Popular de Liberación: del maoísmo al reencuentro con la sociedad en 1991*. En López de la Roche, Fabio. *Izquierdas y cultura política. ¿Oposición alternativa?*. Santafé de Bogotá: Cinep, 1994. Véase también, para una visión desde dentro de la organización y muy rica desde el punto de vista factual, PLAZAS, Nelson y Alvaro Villarraga. *Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL*. Santafé de Bogotá, 1994.

estudio y de formulación de políticas. Han sido más bien partidos de notables, oligárquicos en su espíritu, si bien policlasistas en cuanto a su composición social. Centran ellos prioritariamente su trabajo en la movilización electoral, no en plataformas programáticas, y para la mayoría de analistas políticos constituyen federaciones de microempresas electorales, de feudos clientelistas regionales, que para las coyunturas eleccionarias aúnan sus esfuerzos y conforman alianzas temporales. La crisis de estos partidos y de su capacidad de representación no es nueva. Ha estado presente



a lo largo de los ochenta y en la década de los noventa. Sin embargo no es una crisis radical. Los partidos Liberal y Conservador han tenido una gran capacidad de adaptación y de renovación gradualista, moviéndose en una cierta tensión entre sus segmentos modernizantes y sus tendencias clientelistas. La crisis de las izquierdas y cierta readecuación del clientelismo a las condiciones de la nueva Constitución de 1991 no permiten atribuir a los partidos tradicionales una crisis en su capacidad de representación de la sociedad mayor de la que han tenido en las últimas décadas.

Colombia sufre también la crisis de los modelos socio-económicos generados después de la segunda postguerra, con la especificidad de no haber tenido fuertes gobiernos populistas e intervencionistas que fortalecieran el sector estatal. La tradición de manejo de la economía ha sido más bien de

corte liberal, reacia al estatismo y, por ello mismo, las políticas neoliberales no tienen el mismo impacto en la organización estatal y social que en otras latitudes de América Latina. No obstante, y de manera similar a otros países de la región, con las políticas de reconversión económica y de apertura a la economía internacional se observa también aquí cierta erosión del Estado como referente, alrededor del cual se habían constituido las identidades sociales de los actores colectivos a partir de los años treinta y cuarenta. Hay que anotar, además, que Colombia no ha vivido los fenómenos hiperinflacionarios de otras economías latinoamericanas, con su efecto de erosión o de pérdida de legitimidad de las agrupaciones políticas tradicionales.

Tendríamos que agregar que la apertura de la economía al mercado internacional y la aplicación más radical de la política neoliberal ocurre en Colombia a comienzos de los 90, coincidiendo con el gobierno de César Gaviria Trujillo (1990-1994): un fenómeno bastante más tardío si se le compara con otros países de la región. Es importante hacer esta precisión, pues tal circunstancia implica que no se vea aún claramente en nuestro caso la tendencia a la suplantación del Estado por el Mercado como nuevo principio de organización de lo social.

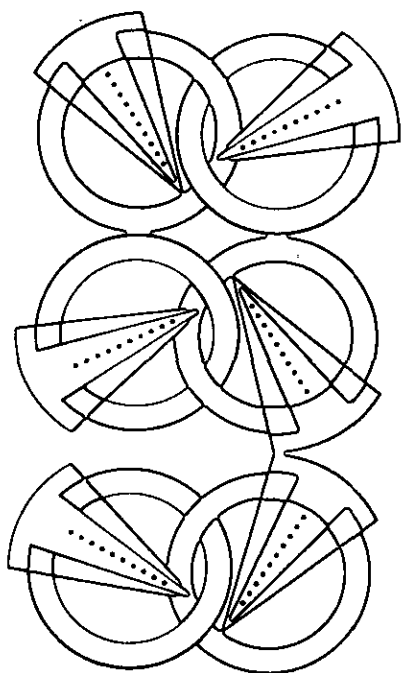
Un factor fundamental para la ubicación del caso colombiano en las tipologías de la evolución política reciente de la región, es el no haber sufrido en las décadas recientes un quiebre dictatorial. Por eso mismo es difícil ubicar nuestra experiencia en los parámetros construidos por los científicos sociales del Cono Sur para dar cuenta de los procesos de **re-democratización** y de **transición** a la democracia experimentados por Chile, Argentina, Brasil y Uruguay.

El no haber vivido un quiebre dictatorial del juego político democrático no implica que hubiéramos estado libres de intentos autoritarios como el que se produjo durante la administración Turbay Ayala

(1978-1982) con sus políticas de represión, tortura y persecución a dirigentes del movimiento popular y de izquierda, así como a intelectuales y personalidades democráticas.

Si bien no podemos hablar de re-democratización en la medida en que no hemos experimentado una ruptura dictatorial, sí podemos hablar de un cierto proceso de apertura política y de democratización, asociado a la promulgación y desarrollo de la Constitución de 1991. Se ha venido abriendo un espacio para la crítica de la tradición de intolerancia presente tanto en la cultura política dominante como en la oposición de izquierdas. Se desarrollan actualmente desde la sociedad y desde algunas instituciones estatales numerosos proyectos de educación para la democracia, la participación y la civilidad, de negociación y tratamiento político de los conflictos, así como programas de jueces de paz, de conciliadores en equidad y de participación comunitaria en la resolución de asuntos menores de justicia.

La Constitución de 1991 fortaleció los procesos de reconocimiento de la pluralidad cultural constitutiva del país. Tenemos hoy en día una atmósfera



más favorable para el reconocimiento de las minorías étnicas, lingüísticas y religiosas. Sin embargo, no es muy clara la apertura al reconocimiento de otras opciones **ideológico-políticas** distintas a los dos partidos tradicionales (porejemplo, a las de la política de izquier-

das). Aquí parece observarse cierta inercia político-cultural de exclusión anti-comunista y antizquierdista heredada de las décadas precedentes.

Los derechos humanos como preocupación social han venido cobrando fuerza, en gran medida por la grave situación a este respecto y por las repercusiones negativas para la imagen y las relaciones comerciales del país. Sobra decir que la inclusión por Estados Unidos, en su agenda bilateral con Colombia, de la cuestión de las violaciones a los derechos humanos en nuestro país como un tema prioritario también ha llevado a tomar un poco más en serio el asunto. La acción de las ONG, de algunas instituciones estatales (Defensoría del Pueblo, Procuraduría) y de grupos de activistas de derechos humanos ha logrado desmarginalizar la cuestión de los derechos humanos, sensibilizando a importantes sectores de la burocracia estatal y de la sociedad a este respecto. Sin embargo, la situación no es nada idílica, y no presenta la suficiente claridad al respecto de parte de los agentes estatales implicados en desapariciones y extralimitaciones.

La aceptación por cuatro de las organizaciones insurgentes (M-19, EPL, PRT y Quintín Lame) de la Carta de 1991 significó una cierta relegitimación de las instituciones. Por primera vez en nuestra historia reciente, un bloque altamente representativo de organizaciones de izquierda acepta el ordenamiento político-jurídico vigente y toma la decisión de moverse dentro del escenario legal pactado por la nueva Constitución.

Pero la persistencia del conflicto armado del Estado con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) tiene graves implicaciones para el logro de una cierta transparencia y credibilidad de la democracia colombiana. El conflicto armado configura amplios márgenes para las violaciones de los derechos humanos de la población civil en las regiones de conflicto, tanto de parte de los

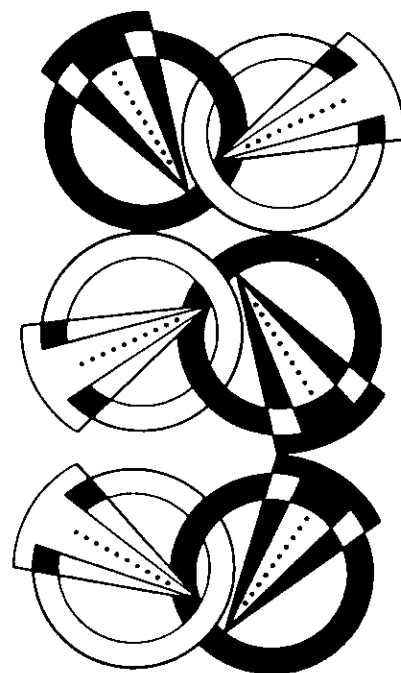
miembros de las Fuerzas Armadas como de los guerrilleros. Los abusos de la guerrilla, apelando al secuestro y a imposiciones económicas a los hacendados para su financiación, han creado un clima enrarecido de retaliación, de negativa rotunda desde ciertos sectores a diálogos de paz y a la aceptación de formas de expresión política de izquierda en el país. La presencia guerrillera en múltiples regiones de la geografía nacional y la imposibilidad de que las Fuerzas Armadas contrarresten la presencia de los insurgentes ha dado pie a la conformación de grupos paramilitares financiados por los hacendados con el apoyo (no reconocido oficialmente) de las fuerzas militares, circunstancia que estimula las formas de justicia privada y la ausencia de monopolio oficial de la violencia legítima.

El carácter escalonado de los procesos de paz en Colombia (no hay una negociación total con todos los grupos insurgentes, sino con una parte de ellos, permaneciendo otros en la insurgencia) no permite la gestación de un clima favorable a los procesos de reinserción a la vida civil de los grupos ya desmovilizados. En un ambiente de propaganda de guerra, de estigmatización de los grupos armados como delincuentes comunes (que se favorece por la misma práctica del secuestro y la «vacuna» de los grupos insurgentes y por las fronteras a veces muy laxas entre delincuencia política y delincuencia común), los guerrilleros desmovilizados experimentan el rechazo social, las resistencias de los empleadores a darles trabajo y un compromiso muy precario desde el Estado por impulsar una política de reinserción susceptible de estimular la reconciliación nacional y de jalonar nuevos procesos de desmovilización.

La crisis del sistema de justicia (congestión de los juzgados, impunidad), el fenómeno del narcotráfico y su impacto corruptor sobre los distintos estratos de la sociedad, así como el problema de la delincuencia común y los delitos contra la vida humana (30.000 homicidios anuales), complican mucho más el enrarecido panorama de la demo-

cracia colombiana.

La integración nacional es otro problema de suma complejidad. La guerrilla tiene en varias regiones periféricas, y en algunas intermedias entre el centro y la periferia, el control político-militar, socio-territorial, y en algunas regiones inclu-



so el control cultural a través de *formas de civilización autoritaria de las relaciones sociales* (expulsión por la vía de la intimidación de drogadictos e indeseables sociales, eliminación de abigeos y delincuentes comunes, prescripción de determinadas formas de comportamiento familiar o de pareja).

Para volver a los rasgos positivos de la actual coyuntura, es necesario subrayar el actual proceso de cambio de la institución eclesiástica. Una institución marcadamente jerárquica y durante muchas décadas favorable al statu quo como la Iglesia Católica colombiana², en los últimos años — podríamos decir que en esta primera mitad de los noventa— experimenta una redefinición sustancial hacia posiciones más autónomas con relación

² No nos referimos por supuesto al Frente Unido de Camilo Torres Restrepo en los 60, al Grupo de Golconda, al papel del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) de la Compañía de Jesús o a las comunidades eclesiales de base, identificadas con la teología de la liberación.

al *establishment*, y de mayor compromiso con la defensa de la vida y los derechos humanos, así como con las opciones de salida pacífica y negociada al conflicto armado.

Con relación al contexto cultural y comunicativo del desencanto, hay que anotar que cada vez es más sentido el impacto de la extensión de la «sociedad informatizada» y de la «cultura mediática». Esta última aparece cada vez más claramente, y se expresó, en su novedad y en la inexperiencia de los actores y de sus promotores, en el debate televisivo entre los candidatos Samper y Pastrana en la pasada contienda presidencial. Un cierto reemplazo de la escena pública «tradicional-moderna» (la argumentación programática, el peso del periódico en su versión racional-iluminista y en su carácter de cultura letrada, la identificación ideológico-partidaria del candidato), por la escena electrónica (aparición del creativo político, búsqueda de formas mediáticas de puesta en escena y de seducción de masas), empieza a abrirse paso en la política colombiana. El populismo intelectual y simbólico, expresado en la candidatura a la alcaldía de Bogotá del controvertido profesor universitario Antanas Mockus, encuentra atención desde los medios de comunicación, insinuándose como una posibilidad de renovación de la vida política capitalina y como un espacio de expresión de la *inconformidad* de los bogotanos con las formas tradicionales de ejercicio de la discursividad y de la acción política.

Asistimos también a radicales transformaciones en la sensibilidad generacional de nuestros jóvenes. Los discursos pesados y la retórica ideológica parecen no ser de buen recibo. Los obreros jóvenes no se *maman* discursos de más de cinco minutos³,

y las asambleas universitarias en las universidades públicas que duraban tres días seguidos y que reunían a masas estudiantiles que se deleitaban y *pertrechaban* con discursos ideológicos recurrentes, de 7 a.m. a 7 p.m., son hoy día una reminiscencia lejana de un tiempo superado. Al parecer los jóvenes se inclinan por una vivencia de la vida más *cool* y más *light*, menos marcada por la intención de renuncia a sí mismos y más preocupada por la búsqueda de un principio de felicidad y de autorrealización⁴.

II. La transformación de la cultura política del EPL y los nuevos sentidos en torno a lo político

Es necesario precisar que las transformaciones de cultura política al interior de los excombatientes del EPL o de los ex militantes del Partido Comunista de Colombia (marxista-leninista), brazo político del EPL, a las cuales haremos referencia a continuación, no se llevan a cabo en todos y cada uno de ellos. Tienen lugar de manera diferenciada, dependen del proceso individual de cada uno, de su nivel cultural y político, de su procedencia social y familiar, de su manera personal de encarar el traumático y difícil proceso del desencanto político y de la re inserción.

Hay que observar, además, que muchos de los procesos de redefinición de valores políticos que mostraremos transcurren en aquellos militantes que tuvieron una cierta formación político-ideológica y unos determinados niveles de escolaridad. Tal vez la gran mayoría de excombatientes del EPL desmovilizados en 1991 (posiblemente un 65% o 70%) fueron personas sin mucha formación

³ Información suministrada por un dirigente sindical nacional en conversación informal con el autor.

⁴ Sobre ese elemento llama la atención Manuel Antonio Garretón en *Transformaciones culturales y representación política*, en *Revista de Crítica Cultural*, (5) Santiago de Chile, julio de 1992, p.10.

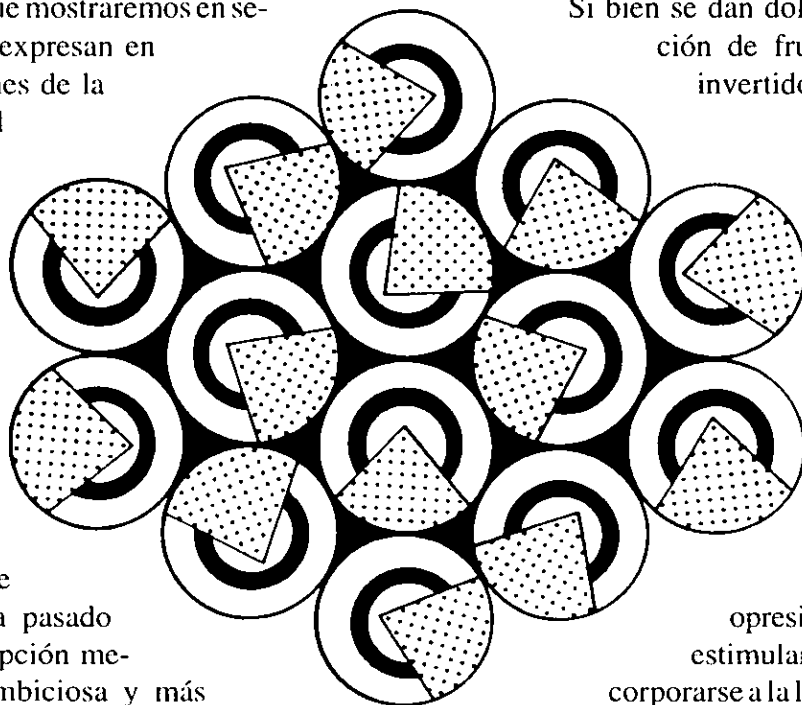
político-ideológica y con muy poca escolaridad, reclutados al calor de la política de «construcción de ejército» de mediados de los 80, la cual supuso una vinculación masiva de combatientes que descuidó la calidad política y la formación ideológica del reclutado en aras del crecimiento cuantitativo-militar de la organización para los fines de la guerra. El proceso de transformación cultural vivido por este tipo de combatiente de base probablemente no se refleje en el cuadro que describiremos a continuación, que probablemente vale más para aquel combatiente o militante con un nivel medio de formación. No obstante, no dudamos de que algunas de las líneas de transformación político-cultural que mostraremos en seguida también se expresan en las transformaciones de la cosmovisión del militante raso de la organización.

Uno de los cambios radicales experimentados por los excombatientes tiene que ver con la redefinición de la utopía como transformación total de la realidad. Se ha pasado ahora a una concepción menos genérica y ambiciosa y más localizada del cambio social. Se descubren entonces las dimensiones locales y barriales de la política y se avanza en la comprensión de las reivindicaciones de género y de la problemática ecológica. Si bien se mantiene inercialmente la retórica revolucionaria, es claro que estas nuevas formas de readecuación de su viejo proyecto político ya no están subordinadas a la transformación global del poder, y depositan sus expectativas más en la posibilidad de incidir en la transformación de espacios micro.

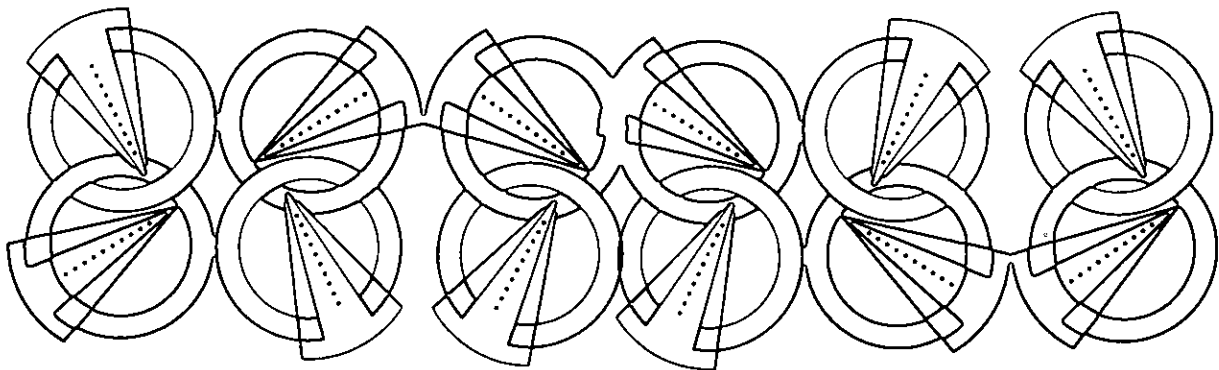
Se cuestiona fuertemente la lógica militarista de la concepción política anterior que llevó a sustraer a cuadros valiosos del movimiento estudiantil, obrero y campesino de su escenario natural de desenvolvimiento para ser llevados de manera forzada a la lucha guerrillera, al calor de una concepción que hacía de la lucha armada la «forma superior de lucha». Se reconoce, sin embargo, que muchas de las opciones y de los lineamientos adoptados tuvieron que ver con el clima cultural de los sesenta, setenta y ochenta, marcado por la presencia de unos determinados *leitmotivs* y paradigmas que como ideas-fuerza marcaron la orientación de la acción política de la izquierda colombiana.

Si bien se dan dolores y cierta sensación de frustración por haber invertido muchos años en la

actividad insurreccional que ahora en la vida civil no constituyen la mejor carta de presentación, muchos excombatientes se reafirman en la validez histórica de la opción asumida, justificada por las situaciones de opresión y de injusticia que estimularon su decisión de incorporarse a la lucha insurreccional.



Los desmovilizados experimentan fuertes transformaciones en su visión de las instituciones y de la sociedad colombiana. Su lectura es ahora menos simple y mucho más compleja. Se empieza a mirar con más atención el mundo del bipartidismo y se complejizan las miradas sobre el Estado y sobre los distintos actores sociales y políticos antes concebidos esquemáticamente. El fracaso de muchos de sus proyectos empresariales o microempresariales les ha llevado a menudo a repensar



su visión del empresario como un mero explotador de la fuerza de trabajo obrera. Ahora reconocen en él un talento, capacidad de organización del trabajo y de proyección empresarial, lo cual no implica necesariamente una renuncia a ciertas distancias críticas en su visión del hombre de empresa como representante de unos determinados intereses de clase.

Varios excombatientes o ex militantes, reconociendo la no viabilidad y, en algunas ocasiones, inclusive la inconveniencia de un proyecto de transformación revolucionaria de la sociedad, reivindican su identidad con una opción de lucha social en favor de los intereses de los sectores populares.

Es muy interesante en el caso del EPL, una organización crecida en la organización celular y en la disciplina de partido, ver cómo tal tipo de historia organizativa gestó una cierta tradición de cultura política que lleva a que hoy día muchos de sus excombatientes y ex militantes reivindiquen ciertos hábitos y costumbres de disciplina social y una preocupación por lo colectivo, que consideran parte sustancial de su patrimonio grupal y personal.

Otro plano central de las transformaciones culturales y actitudinales de los desmovilizados del EPL está relacionado con una nueva actitud ante el conocimiento humano y con el reconocimiento de las implicaciones cotidianas del ejercicio democrático. Su visión de los medios de comunicación y de la información es ahora en muchos casos

menos conspirativa e instrumental, menos denunciante y más pormenorizada y objetiva en su observación de las interrelaciones entre el poder económico y los medios de comunicación. Muchos desmovilizados han empezado a pensar, revisando sus apuestas anteriores por el cambio total de la sociedad a partir de la toma del poder, en la conveniencia de crear cultura democrática, antes que desde los grandes escenarios de la política, desde la casa, la familia y las relaciones de pareja.

El excombatiente está reflexionando también sobre su vida privada, sobre sus intereses personales, que durante mucho tiempo estuvieron subsumidos en la lógica colectivista o subordinados a las decisiones verticalmente impuestas por el Comité Central. El problema del rescate de la autonomía personal, muy grave en el caso de muchos excombatientes acostumbrados a recibir órdenes y a seguir siempre las directrices de un dirigente o comandante omnisciente que ahora con la reinserción desaparece, es uno de los aspectos problemáticos de la reinserción, muy discutido y reconocido por los propios desmovilizados.

Resumiendo podríamos decir que uno de los aspectos más valiosos del proceso de transformación de la cultura política y de los valores de los excombatientes del EPL es la revisión crítica de su propia subjetividad. Esta revisión crítica, muy llena de saludables actitudes autoirónicas, proyecta a muchos de ellos en las nuevas condiciones de la vida civil, como constructores conscientes de cultura democrática, muy capaces de dimensionar

el valor y el sentido de la democracia en la medida en que se reconocen autocríticamente en un pasado superado de valores y comportamientos autoritarios.

III. Algunos retos hacia la superación de los aspectos negativos del desencanto

Uno de los retos que afrontan los movimientos sociales y las nuevas agrupaciones de izquierda democrática es el de superar las dificultades y las carencias en términos de recursos cognoscitivos para asimilar la totalidad social contemporánea de nuestras sociedades.

Especial atención deberán prestar al conocimiento y asimilación de los fenómenos comunicativos, y a las nuevas formas de la estética y la sensibilidad contemporánea. En particular, aquellas que están marcando las maneras de ser y de relacionarse de los jóvenes.

Es importante, hacia el logro de esta capacidad de comprensión de la totalidad social, configurar una relación abierta, crítica y creativa con los intelectuales. Los esfuerzos en esta dirección deberán recuperar críticamente el sentido de la reflexión y del estudio sobre la realidad y la tradición nacional que en décadas anteriores mostraron algunos segmentos de la izquierda y de la intelectualidad democrática, y aportar nuevos conocimientos que contribuyan al fortalecimiento del valor social de las ideas en la orientación del desarrollo.

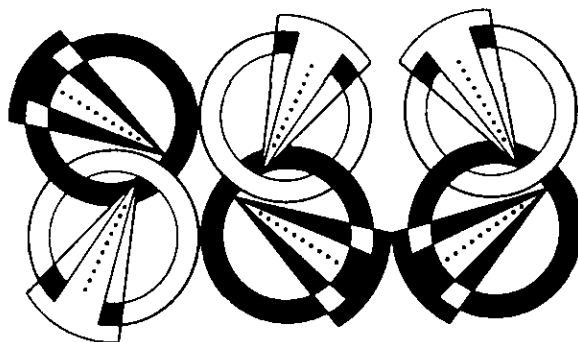
En la actual situación de incertidumbre, que nos aboca al peligro de la pérdida del sentido, se requiere mantener la disposición de lucha contra las viejas y las nuevas formas de opresión, y contra el individualismo agresivo que podría dispararse en medio del actual clima neoliberal. Mucho más en el caso colombiano donde la lógica de «llevarse por delante al otro» parece tener fuertes raíces en nuestro ordenamiento (o desordenamiento) político-cultural.

Este *laissez faire* político-cultural que ha marcado las relaciones sociales y las costumbres en nuestro medio tiene que prevenirnos, en la actual coyuntura antiestatista, de prescindir de la intervención reguladora y mediadora del Estado en algunas esferas y conflictos donde su acción equilibradora es fundamental.

Se requieren, así mismo, esfuerzos conducentes a la desmarginalización de los nuevos actores sociales (defensores de los derechos humanos, desplazados de la violencia, desmovilizados, gestores culturales, luchadores por la paz y el derecho a la vida, ecologistas, ONG, entre otros) y al fortalecimiento de su autonomía y de la visibilidad social y comunicativa de sus ideales e iniciativas.

Con miras a la expresión a nivel del sistema político de estos distintos segmentos del movimiento social, se hace indispensable construir una interrelación entre los localismos y las distintas fragmentaciones actuales, y las tendencias y movimientos hacia la globalización.

Finalmente, queremos llamar la atención sobre la necesaria función comunicativa que tendrían que asumir los intelectuales y estudiosos de ciertos procesos sociales y culturales profundos, hacia la redefinición democrática de lo político en estos tiempos confusos, y con miras a lograr una mayor capacidad de reconocimiento desde los medios y desde los ciudadanos, de las diferentes tradiciones de cultura política y de las distintas sensibilidades culturales que coexisten, sin re-conocerse en su complejidad y riqueza, en el interior de nuestras sociedades.



Bibliografía

- ARDITI, Benjamín, *Una gramática postmoderna para pensar lo social*. En Lechner, Norbert (comp.). **Cultura política y democratización**. Santiago: Clacso-Flacso-Ici, 1987.
- CALDERÓN, Fernando, y Mario DOS SANTOS, *Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación*. En **Cultura política y democratización**. Santiago: Clacso-Flacso-Ici, 1987
- GARRETÓN, Manuel Antonio, *Transformaciones culturales y representación política*. En **Revista de Crítica Cultural**, (5), Santiago, julio de 1992.
- LANDI, Oscar, *Proposiciones sobre la video-política*. En **Política y Comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?** Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1992.
- LECHNER, Norbert. *Ese desencanto llamado posmoderno*. En **Los Patios Interiores de la Democracia** Santiago: Flacso, 1988.
- LECHNER, Norbert. *La democratización en el contexto de una cultura posmoderna*. En **Los Patios Interiores de la Democracia** Santiago: Flacso, 1988.
- LOPEZ DE LA ROCHE, Fabio. **Izquierdas y Cultura Política. ¿Oposición Alternativa?**. Santafé de Bogotá: CINEP, 1994.
- MAIRA, Luis. *Los cambios del hacer política*. En **Revista de Crítica Cultural** (5), Santiago de Chile, 1992.
- MOULIAN, Tomás. *Socialismo y nueva izquierda*. En **Revista de Crítica Cultural** (5), Santiago, julio de 1992.
- QUEVEDO, Luis Alberto. *La política bajo el formato televisivo*. En Mata, María Cristina y Héctor Schmucler (coordinadores). **Política y Comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?** Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1992.
- SARLO, Beatriz, *Estética y política: la escena massmediática*. En **Política y Comunicación. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?** Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1992.